



Conferencia Internacional
(Primera Iberoamericana)

CHESTERTON
Y LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA
21 al 24 de septiembre 2005

Chesterton y el Periodismo Profético

Fernando de Estrada

Intervención en el Panel "Chesterton y el periodismo profético" viernes 23 de septiembre

Sociedad Chestertoniana Argentina

Agüero 1287 Capital Federal CP (1425EMC) - Tel/Fax (54-11) 4961 6847
sca@SociedadChestertonianaArgentina.org

www.SociedadChestertonianaArgentina.org

El nombre que se ha dado a este panel –periodismo profético- parece referirse a los pronósticos meteorológicos, pero ciertamente no hay aquí nada de eso. Sí se da, en cambio, la asociación de dos palabras no siempre bien entendidas. En efecto, cuesta aceptar que Chesterton se definiera a sí mismo como un periodista cuando se asiste a los lamentables espectáculos que asestan desde los medios de comunicación individuos que invocan el ejercicio de esa misma profesión. Desde luego, se trata de especies diferentes, porque al periodista propiamente dicho la definición que le cabe es la que acuñara Ramiro de Maeztu: el periodista es un escritor, un escritor cotidiano.

El ensayista, y con mayor razón el especialista, debe asumir respecto de su tema una perspectiva de mayor distancia y cuenta con la ventaja de no estar intimado por el tiempo para producir su descripción y reflexión. Puede ser la misma persona quien, colocada en la situación de periodista, queda obligada a expedirse con premura, antes de que el destinatario de su trabajo se sumerja en los acontecimientos de la actualidad sin suficiente preparación para habérselas con ellos. Pues el auténtico periodismo se reconoce por ese rasgo de la inmediatez unido al conocimiento de aquello de lo cual se habla; la coexistencia necesaria de ambos elementos en el periodista explica que autores eximios como Maeztu y Chesterton se autocalificaran orgullosamente como periodistas.

En cuanto a profético, ya señalaba Santo Tomás que la nota exterior más apreciable en el profeta es la anticipación de los hechos futuros contingentes, pero este elemento no aparece siempre en los profetas ni es lo más importante de sus revelaciones. La profecía tiene su objeto en lo que escapa a la inteligencia humana por pertenecer al orden de lo sobrenatural; de allí que los profetas del Antiguo Testamento eran tales no tanto por predecir la suerte de las cosechas ni por advertir sobre las asechanzas de enemigos secretos, sino por comunicar los proyectos de Yahvé para su pueblo elegido.

La Iglesia enseña que en todo bautizado existe algo de profeta, puesto que entre sus dones de conocimiento figura el de algunos de los designios divinos. La marcha de la historia no puede ser entonces para el cristiano un devenir irracional y ciego al cual sólo sería posible adecuarse por impulsos pasionales; y como Dios nos habla mediante los dos libros que son Su revelación y la naturaleza que ha creado, el creyente y jocundo Chesterton se sentía un legítimo profeta llamado a predicar la armonía sagrada entre Dios, el hombre y el mundo.

En tiempos de Chesterton tal armonía estaba ya quebrada, y la grieta no ha cesado de ensancharse. Nuestro periodista profético lo percibía con dolor y con la esperanza que alimentaba a su humorismo indoblegable, la misma esperanza que lo movía al esfuerzo cotidiano de convocar a la restauración de la cordura. A diferencia de los constructores de utopías, interesados siempre en transformaciones instantáneas y absolutas, Chesterton conocía, como Rubén Darío, “la obra del día, el milagro del mes, el prodigio del año”. Chesterton vivía espiritualmente unido a la vieja y alegre Inglaterra medieval, y tanto por erudición como por personal experiencia comprobaba su paulatino reemplazo en beneficio de una máquina social devoradora de la humanidad y de las bellezas de la

naturaleza. ¿Podía existir blasfemia mayor contra el Dios creador de ambas? El periodista Chesterton supo sintetizar este proceso para sus lectores del día: estamos ante el mayor de los pecados, que es decir de la hoja verde que no es verde.

Porque la mentira reiterada acaba por vaciar a los seres de todo aquello que les da existencia, y así la capacidad de asombro del hombre ante la verdad puede degenerar en estupor ante lo insignificante (de donde procede nuestra palabra estupidez), y su sentido de interioridad puede degradarse hasta la idiocia (como los griegos designaban a la ineptitud para percibir el mundo, de lo cual procede el vocablo castellano “idiota”). Son dos palabras duras para calificar los resultados de una evolución histórica, pero nada más suave puede decirse de las obras de la mentira. El profeta Chesterton las enfrentó con el rigor del Antiguo Testamento y con la dulzura evangélica.

Para él, el hombre de la calle, tantas veces portador de esas lacras de la imbecilidad y de la estupidez adquiridas, ciertamente no merecía en esos casos los elogios que la demagogia del sistema establecido le dispensaba, pero seguía siendo titular de una dignidad que era preciso recordarle con lenguaje claro y veraz, precisamente el lenguaje de las paradojas y del humorismo tan propicio para convencer de la debilidad de la mentira y del vigor de la verdad.

Es lícito afirmar que existe un periodismo que, aunque volcado por definición sobre lo cotidiano, puede elevarse a la permanencia de lo clásico. Ello ocurre cuando se escribe o se habla para una época particular determinada con la conciencia de que sus contemporáneos, con sus circunstancias irrepetibles, conservan sin embargo una esencia inalterable, que los hace imagen y semejanza del Creador. En manos de Chesterton y los de su estirpe espiritual, ese periodismo clásico se vuelve periodismo profético.